

PARA ORGANIZAR EL DESCONCIERTO: ALGUNOS ELEMENTOS DE UBICACIÓN SOCIAL Y CONCEPTUAL DE LAS MARAS Y PANDILLAS CENTROAMERICANAS

Mario Zúñiga Núñez

RESUMEN

Este artículo estudia, desde un punto de vista conceptual, a las pandillas y maras en la Centroamérica contemporánea, quienes han emergido como "sujeto negado". Este fenómeno implica la negación de la condición humana de estos colectivos en los medios de comunicación que los representan como "monstruos". Además, conlleva la negación por parte del público en general de los mecanismos de "violencia estructural" y "violencia simbólica" que constituyen este tipo de colectivos juveniles.

Palabras clave: Pandillas, Maras, Centroamérica, miedo, violencia estructural, violencia simbólica, agresiones.

ABSTRACT

Title: To organize the chaos: some elements of social and conceptual location of central American gangs
This article studies, from the conceptual point of view, the Central American gangs, who has emerged like "denied subject" in our contemporary societies. This phenomenon implies the negation of their human constitution in the media who representing this collectives like "monsters". Furthermore the common people in our societies denied the mechanism of "structural violence" and "symbolic violence" that give constitution of this kind of youth collectives.

Keywords: Gangs, Central America, fear, structural violence, symbolic violence, aggressions.

1. INTRODUCCIÓN

Centroamérica no es una excepción en la pandemia de miedo que se expande progresivamente. Tenemos miedo de salir de nuestras casas y miedo de estar en ellas, no queremos hablar con el otro y tampoco queremos que nos hablen. La violencia, como relación social y referente cultural, es el doloroso marcador de nuestro tiempo. La humanidad camina con pies de plomo ante la amenaza latente.

¿Qué nos amenaza? La respuesta es sencilla: todo. Hemos desatado una paranoia que guía los destinos de las políticas de seguridad y deja caer mano dura sobre cualquier sujeto social que se plantee como disidente o diferente. Las maras y pandillas juveniles son uno de esos sujetos

sociales. Víctimas y a la vez victimarios de la violencia, estas agrupaciones "homosociales" son uno de los referentes donde se puede observar los procesos de marginalización extrema y exclusión, que se han ido modelando en culturas donde la desigualdad creciente se hace norma.

Acostumbrados a visualizarlos desde la penalización, no recurrimos a observar la constitución social de estos grupos. Los imaginamos como algo que está "fuera" de la sociedad o que es "antisocial". La apuesta de este texto va ser visualizarlos de forma inversa, entendiéndolos como parte del entramado social y en interconexión íntima con nuestras formas de gestionar la cultura. Hemos escogido para ello una serie de datos y conceptos que puedan servir de marco de referencia para abordar el fenómeno en futuras

investigaciones, con la esperanza de observar al sujeto social en su complejidad humana, fuera de maniqueísmos patriarcales.

El artículo se divide en tres apartados, el primero, se dedica a explicar a las pandillas juveniles como formas de organización social e histórica, y ubica el fenómeno en concordancia con la sociedad occidental. Posteriormente se ha intentado abordar con alguna profundidad el tema de la violencia, en tanto forma de constitución y contexto de la problemática de las pandillas. La idea es visualizar a la violencia como una forma de interacción social predominante, que interconecta a un sinnúmero de actores sociales con la violencia de las pandillas. En el apartado de conclusiones se sintetizan algunas de las reflexiones que se intentaron fijar durante el trabajo.

2 ¿QUÉ SON LAS PANDILLAS JUVENILES?

Muchas veces, la urgencia de los fenómenos hace que los pensemos como problemáticas inmediatas. Cuando estamos ante un caudal de violencia como el que ejercen actualmente las pandillas juveniles, tendemos a buscar respuestas inmediatas dada la gravedad de los acontecimientos. Sin embargo el fenómeno de las pandillas que observamos hoy en Centroamérica dista mucho de ser reciente. Es por ello que para definir a las pandillas debemos dar un vistazo a una tendencia occidental que está documentada durante el siglo XX y que refiere a la creación de espacios "homosociales". Con este concepto nos referimos a un lugar social integrado de forma mayoritaria por hombres y cuya dinámica se dirime en la esfera pública desde la visión de la masculinidad hegemónica (Sandoval, 2006: 44-46).

2.1 Pandillas juveniles como parte consustancial del siglo XX: hacia una definición conceptual

El escritor y militante costarricense Carlos Luis Fallas publicó sus memorias de infancia en 1952 en un libro llamado Marcos Ramírez. La

novela es una asombrosa exploración del San José de principio de siglo XX, visto a través de los ojos de un niño pobre, migrado de lo rural y con una escolarización deficiente. Estos ojos marginales, periféricos en todo el sentido de la palabra, nos remiten a la constitución de la masculinidad de un niño que transitaba a la adolescencia en medio de la educación estrictamente patriarcal y violenta de su tío y de la absoluta pasividad de su madre. En medio de este relato, aparecen por todas partes las pandillas juveniles, como unidades de sentido que otorgan al niño su razón de ser masculina, y que observan cuidadosamente la tradición de "hombres fuertes" que han seguido sus familiares a través del tiempo:

"De don Pedro Ramírez [bisabuelo de Marcos Ramírez] - un verdadero hércules por su estatura y vigor, según lo describían mis abuelos y los ancianos del barrio que lo habían conocido- hombre severo y poco amigo de malgastar palabras, se contaba la siguiente anécdota..." (Fallas, 1995: 20).

Más adelante, Marcos Ramírez hablará de su propia experiencia como pandillero, que cruza necesariamente por el enfrentamiento a golpes con otras "barras" constituidas por niños pertenecientes a barrios diferenciados:

"Los integrantes de la pandilla de la esquina La Vencedora [nombre de la pulpería donde se reunían los niños del barrio de Marcos] tenían fama de guerrilleros terribles y valientes. Habían conquistado muchas victorias, algunas de ellas muy sonadas y contra la chiquillería de barriadas enteras." (Fallas, 1995: 92) (Destacado del original)

Las anotaciones de Carlos Luis Fallas sobre la vivencia de la masculinidad y su ligamen en edades tempranas no son en absoluto una novedad literaria. Ya a principio de siglo se podría contar con los relatos de Mark Twain acerca del niño norteamericano sureño llamado Tom Sawyer, que agrupaba a varios niños a su alrededor para pelear con pandillas de otros pueblos y cometer fechorías. La literatura sobre

vivencias juveniles y constitución de la masculinidad es una tradición en occidente, lo cual nos da pie para pensar que la constitución de la subjetividad masculina comúnmente está marcada por la unión a este tipo de grupos, que son constantemente traídos a la arena de debate por escritores, cineastas, pintores, cantantes, etc.

Ahora bien, la ficcionalización de estas etapas vitales está cruzada por idealizaciones y esencialismos que los propios artistas imprimen en sus obras. A menudo estos personajes masculinos son puestos como héroes en sus batallas (a veces banalizadas por la idea de la "inmadurez") y con ello se disminuye el potencial crítico de estas formaciones patriarcales.

Fue tal vez a mediados de siglo XX cuando se comenzaron a ver otro tipo de interpretaciones como las de William Woldwing (1983) en *El señor de las Moscas*. El autor retrató este tipo de formaciones como constitutivas de una lógica patriarcal, y describió de forma cruda la reproducción de los patrones de humillación del más débil y constitución del poder a través de la violencia. La historia de esta novela se desarrolla con un grupo de niños y adolescentes varones se ven solos en una isla desierta en medio del océano Pacífico y ante ello, reproducen las pautas de organización patriarcal más rígida, con resultados nefastos para el grupo. Posteriormente *La Naranja Mecánica* de Stanley Kubrick, exhibida por primera vez en 1971, popularizaría esta interpretación desidealizada.

Todo este registro artístico, puede ser cotejado en el siglo XX por el registro de las ciencias sociales. Por ejemplo, la investigación que inauguró la antropología urbana fue realizada por William F Whyte en la década de los 30 del siglo XX. Los resultados de su trabajo de campo se publicaron en un libro llamado "La sociedad de las esquinas" (1971). Es un estudio que se concentra en pandillas juveniles y sus formas de agregación masculina en un barrio marginal de Chicago que el autor denomina Cornerville, años más adelante durante las décadas del 1960 y el 1970, la escuela de Estudios Culturales de Birmingham, también realizó diferentes formas de acercamiento a estas realidades juveniles (Hall y Jefferson, 2000).

Habiendo demostrado que la grupalidad masculina conocida como "pandilla" es una constante de las realidades urbanas en el siglo XX, se puede introducir la primera definición "mínima" de pandilla: "Una colectividad consistente primariamente en adolescentes y jóvenes adultos que (a) interactúan frecuentemente unos con otros; (b) están envueltos frecuente y deliberadamente en actividades ilegales; (c) comparten una identidad colectiva común, la que usualmente, pero no siempre, se expresa a través del nombre de la pandilla; y (d) expresan típicamente esta identidad adoptando ciertos símbolos y/o reclamando control sobre ciertos asuntos (personas, lugares, cosas y/o mercados económicos)" (Goldstein y Huff citados por Savenije y Lodewijkx, 1998: 123).

Se ha dicho que la anterior es una definición "mínima", porque no contempla los aspectos estructurales que conforman las pandillas juveniles, sin embargo, aporta algunos elementos fundamentales. Así las cosas, podemos conservar estas características y agregar otras tres: (f) estas colectividades son protagonizadas por hombres y organizadas dentro de una lógica homosocial (patriarcal hegemónica); (g) por lo general estos hombres pertenecen a barrios populares y estratos bajos de la sociedad, y (h); los rituales de constitución de estas agrupaciones tanto en su definición interior, como en su interacción con los otros, pasan por diversos tipos de agresión y violencia (estructural y simbólica).

Ahora bien, la forma en que se expresen las pandillas en los diferentes escenarios y la radicalización de sus actitudes no depende únicamente de la pandilla misma. Estos grupos, en tanto colectividades sociales, asumirán formas diversas en los diferentes contextos en los cuales que se expresen. Ha habido a través de la historia pandillas verdaderamente inofensivas, o bien, que la grupalidad social no ha calificado de "peligrosas" o "antisociales", como las que se encuentran retratadas en el estudio de White (1971); en *el Doc*, el personaje central de la etnografía, en algún momento de su vida como pandillero participa en las elecciones municipales, reflejando una convivencia poco contradictoria entre estructuras sociales y pandillas. Por el

contrario, en momentos históricos como el que vivimos en Centroamérica, estos colectivos han jugado el papel de ruptura del orden y amenaza constante.

Habiendo hecho esta contextualización histórica y esta primera definición ¿cómo podemos entender las pandillas con las que interactuamos cotidianamente en ámbito centroamericano?

2.2 Pandillas juveniles centroamericanas: el rostro contemporáneo

Si bien el fenómeno social es de antigua data, no es hasta ahora que las pandillas juveniles en América Latina se caracterizan por estar en medio del debate público, principalmente por sus constantes expresiones de violencia y agresión. Según los estudios consultados como los de Salazar (2002) o Reguillo (1999) esta es una tendencia creciente a partir de los años 80 en nuestros países que se agudizó a mediados de los 90 del siglo XX.

En este contexto social de fin y principio de siglo XXI, marcado por las políticas de liberalización comercial y el aumento de la desigualdad y la violencia (Portes y Hoffman, 2003) han emergido en América Latina agrupaciones juveniles que tienen a su base la formación de las pandillas pero que, en muchos casos, desbordan esta organización primaria y recurren a formaciones mucho más amplias. Estos grupos se han caracterizado por acentuar los mecanismos de violencia y hacerlos evidentes de forma especialmente macabra. Varios trabajos como los de Rodgers (2003) y Salazar (2002; 1998) han confirmado esta forma de radicalización de la violencia Salazar lo resume de la siguiente forma:

“Es un movimiento implosivo. Estas tribus armadas, marcan su territorio, convierten a las mujeres en trofeos de guerra, declaran enemigos a quienes no habitan en su zona, son implacables con los delatores y se exceden en crueldad en el acto de matar a sus adversarios.” (1998: 111) (Destacado del original).

Es decir, a pesar de que hemos tenido pandillas durante todo el siglo XX, en la actualidad, paralelo al aumento de la violencia en América Latina, se registra un aumento de la violencia en las pandillas, y un mayor nivel de institucionalización de las mismas. Aparecen entonces las “maras” salvadoreñas o las “naciones” ecuatorianas. Podemos entender estas nuevas formaciones como una grupalidad social, que nace de la pandilla pero que ha crecido tanto en cuantitativa (número de integrantes) como cualitativamente (formas de ejercicio del poder y el control). Pero que tienen a su base las mismas características formación pandilleril (Andrade, 2005: 91; Reguillo, 2005: 79).

En Centroamérica conviven estos dos tipos de formación social: las pandillas expresadas alrededor asociaciones barriales, y las maras; adscritas a una ruptura de la normatividad social más radical, de alcance transnacional y en muchos de los casos coincidentes con la actividad del crimen organizado. Mientras que las pandillas son una realidad para todos los países de la región, las maras tienen su manifestación únicamente en Honduras, Guatemala y El Salvador y una conexión directa (tanto material como simbólica) con grupos de la misma naturaleza en Estados Unidos. Estas últimas, tienen su sustento en los grupos de barrio que se organizan en las comunidades populares, donde el mundo juvenil se expresa en forma de pandilla. Pero no se agotan allí, son jóvenes que dan un paso hacia organizaciones más complejas, las cuales se definen por su nivel de pertenencia fuerte, una jerarquía rígida, una tendencia a la delincuencia para proveerse del sustento y la defensa de un territorio de otras organizaciones enemigas (otras maras, la policía o el ejército). Ellas tienden a la decodificación del mundo en términos dicotómicos que traducen en un tipo de territorialidad específica. Significan una opción absoluta y tajante para los jóvenes de sectores populares.

Para entender conceptualmente a este tipo de organizaciones juveniles, y el contexto donde surgen, trataremos de discutir la violencia como el eje constitutivo de este tipo de agrupaciones.

3 VIOLENCIA COMO FORMA DE RELACIÓN SOCIAL: LA CONSTITUCIÓN DEL SUJETO NEGADO

Una de las características más publicitadas de las pandillas contemporáneas es la violencia. De hecho las representaciones que se hacen de ellas en medios de comunicación, rondan la idea de que son agrupaciones que pervierten el desarrollo “sano” u “orgánico” de la institucionalidad social por medio de sus constantes agresiones. En este sentido las pandillas son observadas como causantes de la violencia y el deterioro que se ha creado en nuestros países. Sin embargo, si nos adentramos en el fenómeno, observaremos que la violencia va más allá de las visiones puntuales de la agresión que estamos acostumbrados a que nos muestren los medios de comunicación. Las diferentes formas de violencia que se practican en nuestra sociedad son constitutivas de este sujeto social que proponemos entender como “sujeto negado”. Es decir como colectivo humano que se expresa en la forma de su negación.

Esta es una noción extraída de la teoría de Hinkelammert en la que se afirma que en el tiempo donde el mercado intenta ser el único rector de la vida humana, desaparece la noción de sujeto (en el sentido de afirmación histórica de la corporalidad). Esto no hace que el sujeto humano deje de expresarse sino que se expresa en forma de la negación de su corporalidad (por ejemplo por la constitución violenta). De esta forma “... el sujeto negado no deja de existir. Se manifiesta ahora en la forma del anti-sujeto, del odio al sujeto... No sale de la negación sino que la refuerza” (Hinkelammert, 2003: 275).

La apuesta tanto conceptual como metodológica de este trabajo, será demostrar que este sujeto negado se constituye a través de las diferentes formas que asume la violencia como fenómeno social en la Centroamérica contemporánea.

Para tratar de aprehender la complejidad que constituye a este sujeto negado, se desagregaron en la siguiente figura cinco formas de violencia que cruzan el fenómeno de las pandillas. La categoría de “forma” que estamos utilizando

alude a la terminología marxista, en la cual las relaciones sociales en un momento social específico se organizan en determinadas interrelaciones que se pueden observar como “formas”.

Como se puede observar, se ha dividido el análisis de la violencia en dos grandes áreas. La primera se denominó: formas de orden demostrativo. En ella se pueden ver tres formas que son con las que se decodifica a las pandillas en la cotidianidad: la monstruosidad, que es un concepto desarrollado por Hinkelammert (1998; 2003), que nace a partir de las representaciones de las agresiones (Fernández, 1998b; Martín Baró, 1990) que realizan los medios de comunicación y la sociedad en general y que se generaliza por lo que Bourgois (2005) llama pornografía de la violencia. Todo ello genera un círculo vicioso de representación social que desemboca, por un lado, en oleadas de pánico moral emitidas por los medios de comunicación, y por otro, en una multiplicación de las agresiones que desarrollan las pandillas.

En la parte inferior del cuadro, encontramos las formas de orden constitutivo, que son las menos reflexionadas en el debate popular acerca de las pandillas, pero paradójicamente, son las que las unifican como formaciones sociales. Tenemos el tema de la violencia estructural (Bourgois y Sheper-Hughes, 2004; Martín Baró, 1990) que se asienta en el ordenamiento social naturalizado (o institucionalidad patriarcal), al que se relega a estos grupos poblacionales que viven en las periferias simbólicas y materiales de sus ciudades. En un segundo momento, aparece la constitución interna y externa de los grupos a través de la violencia simbólica (Bourdieu, 2005; Bourgois y Sheper-Hughes, 2004) que define a estos colectivos tanto para su interacción (rituales de paso) como para su enfrentamiento con los otros. Acto seguido, desagregaremos cada una de estas categorías de manera que se pueda hacer una aprehensión conceptual más completa del fenómeno.

3.1 Formas de orden demostrativo

Analizaremos estas tres formas unificadas como un mismo fenómeno, que parte de la problemática del fenómeno visible de la agresión (el

acto concreto en que un agente arremete contra otro tanto física como simbólicamente). Ahora bien, este fenómeno es tomado por diferentes medios de comunicación para mostrar de forma “pornográfica” la violencia con lo que consiguen una ola de pánico moral que inventa un “monstruo”.

3.1.1 *El círculo vicioso entre monstruosidad y pornografía de la violencia*

Gran cantidad de estudios acerca de las realidades de las pandillas centroamericanas (y mundiales), dan cuenta de que, para analizar la complejidad de este fenómeno, no se puede excluir el papel que cumplen los medios de comunicación en la formación de estos colectivos. Ramos (1998) para el caso salvadoreño, Leu (2004) en el caso de Brasil y Fernández (1998a) en España; han dado cuenta de que el fenómeno de las pandillas tiene una íntima relación con las representaciones que realiza la prensa de los diferentes países acerca de estos colectivos juveniles. Los tres autores coinciden en que la imagen social que construyen los medios de comunicación hegemónicos, contribuye a agravar las formas de violencia que se ejercen en estos colectivos. De una u otra forma, los medios acuden a una vieja formulación occidental para tratar a los diferentes que está basada en la creación de monstruos.

La conversión de colectivos humanos en monstruos es una tendencia que Hinkelammert (1998; 2003) ha documentado ampliamente en la sociedad occidental. Esta se basa en satanizar a los colectivos humanos que amenacen el orden establecido por los grupos de poder. La monstruosidad es una categoría que permite dos elementos, en primer lugar deshumanizar a los colectivos (calificándolos de bárbaros, salvajes, violentos), y en segundo lugar, visualizarlos únicamente como victimarios y eliminando su condición de víctimas. No tratamos de negar con esto que las pandillas sean victimarios, lo que tratamos de visualizar es que la estrategia de representación de los medios muestra a estos colectivos únicamente como victimarios y los invisibiliza como víctimas de las violencias estructurales o simbólicas.

Aunque Hinkelammert en su estudio haga referencia únicamente a los movimientos de resistencia y emancipación, en este trabajo se intentará entender dentro de los grupos de ruptura del orden a las maras y pandillas, lo cual no significa que les atribuyamos dimensiones de reivindicación. No todo lo que rompe el orden es progresista, pero no por eso deja de romperlo.

Ahora ¿cómo opera esta tendencia a “monstrificar” en el caso de las maras y pandillas centroamericanas? En términos generales los medios de comunicación toman los “hechos violentos” o “hechos de sangre” y a través de ellos generan un imaginario en la población, en el cual estos colectivos humanos son representantes de “El Mal” como criterio absoluto.

Para realizar esta operación los medios recurren a un elemento específico que crean las pandillas: la agresión. Esta la podemos entender como el acto más visible de la violencia, si se quiere el más “espectacular”. En una definición que comparten las diferentes escuelas de psicología social, el agresor podrían entenderse como “... un agente intencional -lo que implica capacidad para dar cuenta de sus actos- que realiza una acción con consecuencias dañinas de algún tipo sobre un agente que, en principio, tendería a evitar tal conducta.” (Fernández, 1998a: 38)

Este carácter de intencionalidad, mezclado con las características de espectacularidad que se documentan en estos colectivos, como por ejemplo: balear edificios públicos (Leu, 2004: 347), exhumar cuerpos y violentarlos públicamente (Falla, 2001: 1) o corear consignas fascistas (Fernández, 1998a:15); hace que el único elemento visibilizado por los medios de comunicación sea el que los exhibe como victimarios.

Estos hechos, ya de por sí escalofriantes o preocupantes, son proyectados por los medios de una forma “pornográfica”, es decir, concentrándose únicamente en los “detalles sensacionalistas de sangre, agresión y puñaladas”, e invisibilizando las causas estructurales que crean este tipo de problemáticas espectaculares (Bourgeois, 2005: 17)

El problema se agrava, cuando se observa que un sujeto negado, como las pandillas, encuentran en estas representaciones un modelo

de referencia para autodefinirse. En otras palabras, hacerse monstruo también se convierte en un instrumento de visibilización social, en el cual estos colectivos se auto representan como disidentes, devolviendo la exclusión que la sociedad provoca, transformándose en un extraño y transgresores de las pautas de la ética, la moral y la política (Jiménez, 1996).

De esta manera la respuesta social que se ha generado para estas identidades juveniles ha multiplicado las tendencias violentas de la sociedad hacia estos grupos, y viceversa. La popularización del discurso de “mano dura”, convertido en capital político en la oferta electoral centroamericana, es una de las consecuencias. La capitalización política a partir del miedo de las poblaciones, ha sido denunciada por diferentes instancias de derechos humanos alrededor del mundo, dada su evidente consecuencia de incentivar el carácter penalista y represivo en la administración de justicia.

Así las violencias juveniles se han convertido en la excusa perfecta para atemorizar a la población, y aumentar el tamaño de las estructuras represivas en nuestros países. La monstruosidad ha engendrado monstruos. Con lo cual se ha expandido la dinámica del miedo que tiene como fundamento la ansiedad generada por la ausencia de mecanismos que hagan a las poblaciones sentir seguridad.

El contexto de carencia y negación del sujeto del que somos testigos, tiene una relación directa con el hecho de que estas organizaciones se manifiesten de forma violenta. Así las maras y las pandillas son sujetos expresados en la forma de su negación, visualizados en su interior y retroalimentados desde fuera como monstruos.

3.2 Formas de orden constitutivo

A continuación, abordaremos las formas de violencia que están presentes en las pandillas, pero que comúnmente no son visibilizadas en el debate (sobre todo mediático). Nos referimos concretamente a la violencia que constituye este tipo de colectivos y que los agrupa a lo interno de la estructura social de la que son víctimas. La primera de ellas hará alusión a la violencia

estructural que es fundamental para entender la posición en la estructura social de estos colectivos, la segunda la violencia simbólica que evidencia las formas de relacionamiento que cimientan en convenciones sociales patriarcales.

3.2.1 Violencia estructural: masculinidad e institucionalidad social

Una de las principales formas de violencia de la que es víctima nuestro continente es la violencia estructural. Este concepto se vive como un ordenamiento racializado y patriarcal que “...supone un ordenamiento de la desigualdad opresiva, mediante una legislación que ampara los mecanismos de distribución social de la riqueza y establece una fuerza coactiva para hacerlos respetar.”(Martín-Baró, 1990: 406). La característica especial de este tipo de violencia es su carácter de naturalización, es decir, se conforma de tal manera que se cuela en las fibras más íntimas de la moralidad social y se vuelve “lo dado”, o bien, “lo que debe de ser”, lo cual convierte a este tipo de violencia en “violencia permitida” (Bourgeois y Sheper-Hughes, 2004: 5).

La conformación de la institucionalidad de tipo patriarcal, juega un papel fundamental que se sostenga y transforme la violencia estructural y, al mismo tiempo, para que se conformen los colectivos juveniles.

Varios estudios en América Latina registran el desconcierto de las personas jóvenes ante el proceso de declive institucional que presenta la región (Duschatzky y Corea, 2005; Duschatzky, 2006), así mismo, los estudios sobre pandillas centroamericanas han resaltado en papel que cumplen estas como soporte o contención de relaciones institucionales desgastadas o inexistentes (Smutt y Miranda, 1998; Cruz y Giralt, 2001). En general ante el desgaste de las instituciones modernas clásicas (como la escuela, la iglesia o la familia), las pandillas, como unidades de agregación y de sentido, cumplen los papeles que no brindan las otras estructuras.

La apuesta conceptual a la que apuntamos es a entender las pandillas como alternativas institucionales con notables diferencias de forma pero con una misma constitución de fondo.

Es decir, mientras que el formato institucional cambia en la edad y la influencia social de los agentes, el fondo constitutivo de esta institucionalidad sigue siendo el patriarcado, como en todas las relaciones institucionales occidentales. Para demostrar esto se recurrirá a una explicación del vínculo entre institucionalidad y patriarcado, para contextualizarlo posteriormente en las pandillas.

La violencia estructural se puede abordar desde el tema de las instituciones sociales, entendiendo estas como estructuras que son resultados objetivos de un enfrentamiento de fuerzas que se da entre los agentes de un campo específico. Esta confrontación se da en un momento particular de la historia, y tiene un devenir atado necesariamente a las tensiones de los agentes (Bourdieu, 2001).

Ahora bien, estos resultados objetivos (como el aparato del Estado o la familia) tienen la función de realizar una regulación de hábitos en los sujetos que están contenidos dentro de la estructura misma, lo cual requiere dos premisas básicas: la historicidad y el control de las relaciones sociales (Berger y Luckman, 1972: 76).

Esta regularización toma forma de "hábitus" en el sentido que se convierte en un constante juego de regularización de las relaciones sociales que emanan de la estructura pero que, al mismo tiempo, se instalan en los rincones más íntimos de la subjetividad (Bourdieu, 2001).

La formación de la institucionalidad y la subjetividad en las sociedades occidentales (y occidentalizadas como las nuestras) ha sido de corte patriarcal. Lo cual ha implicado en la imposición de una estructura de dominación masculina que se justifica en términos naturales y es percibida como "lo neutro" o "lo estandar" (Bourdieu, 2005).

Esta institucionalidad funcionó de forma orgánica con las formas de producción y reproducción de la vida humana que dominaron la mayoría del siglo XX. Para el caso de las personas jóvenes, las instituciones como la escuela, el colegio y la familia, eran los pilares de la vida social que inculcaban los roles que el patriarcado exigía para el funcionamiento en sociedad. Esta estructura funcionaba por sistemas de homogeneización y normalización de conductas, en

gran medida, porque el sistema de producción industrial fordista así lo exigía. Era fundamental para mantener lo que Bauman (2000) llama el capitalismo pesado, ese sistema de organización guiado por la premisa del orden y la producción en serie que estableció Estados con fronteras delimitadas, que circunscribían centros de producción (barrios obreros) y periferias geográficas (barrios populares).

Sin embargo esta lógica de organización ha sufrido serias fisuras y en la actualidad ha sido sustituida por diversas reconfiguraciones de los sistemas de dominación, en gran medida por la introducción de las políticas de liberalización comercial y la aplicación del mercado como técnica de organización social (Hinkelammert, 1990). La sociedad que anteriormente orientó su estructura hacia las premisas de homogenización, regularización y normalización; hoy se transforma institucionalmente hacia la especialización de mercados, la heterogeneidad de los consumidores y la exclusión progresiva de quienes no asuman el imperio de la ley (del valor). La sociedad del trabajo, pasó a ser la sociedad del consumo.

En este contexto, los sectores empobrecidos han visto decrecer progresivamente sus formas de reunión y de interacción social, principalmente por la dependencia de estas formas de acción con respecto al consumo (Bauman, 2005).

En el contexto de América Latina, se puede observar desde principios de siglo como las élites liberales impusieron desde la institucionalidad social (familia, estado, mercado de trabajo) una serie de patrones patriarcales como forma de violencia estructural heredados de los mecanismos de dominación colonial y de formas tempranas de republicanism. Esta institucionalidad (sobre todo la familiar) se convirtió en la representación moderna de la violencia estructural en tanto impuso un modelo de relacionamiento a lo interno de los hogares que respondía al orden del dominio, donde el padre era el máximo rector de los destinos del hogar, con la madre como segunda al mando y los hijos e hijas como reproductores pasivos de la moral social (Rodríguez, 2003: 9).

Las transformaciones del siglo XX, han proporcionado muchas otras visiones de familia

en todos los sectores de la sociedad. En el caso específico de los sectores populares, de donde emergen las pandillas, los cambios de la estructura familiar han venido aparejados a la nueva estructura transnacional de organización del trabajo. El papel tradicional de la mujer como ama de casa se ha visto transformado radicalmente. En la investigación realizada por Dierckxens(2000: 49) acerca del las transformaciones en el mundo del trabajo en Centroamérica de fin de siglo XX, se registra un ascenso en la participación de las mujeres en la vida económica y en la vida estudiantil descendiendo su frecuencia relativa como amas de casa. Paralelamente, los hombres pierden terreno en el mercado de trabajo al tiempo que se rechaza su ingreso al mercado laboral y no encuentran sitio en las tareas del hogar.

Estas tendencias, ligadas al bajo rendimiento que registran los hombres frente a las mujeres en primaria y secundaria, hablan de una reorganización de los patrones familiares donde los hombres se ven desplazados de su rol patriarcal de proveedores y rectores de los destinos de los hogares (Dierckxens, 2000). Lo cual sume a la institucionalidad social en una "crisis de masculinidad" donde los hombres de todos los sectores sociales, pero sobre todo de sectores populares, ven cuestionados sus papeles tradicionales.

Esta crisis se caracteriza por poner en cuestión la forma tradicional en que la modernidad institucionalizó la relación entre hombres y mujeres. Así, el macho, proveedor, poco sentimental y violento, se ve reducido por su incapacidad de visibilización en la estructura social (Margulis, 2003: 146). Los hombres jóvenes se ven progresivamente alejados de los centros de trabajo (como las maquilas), donde se califican como mano de obra más cara, lo cual, cuestiona su identidad como proveedores y deslegitima su rol de autoridad tradicional. Así mismo se ven restringidos en sus estudios, donde no reportan un adecuado rendimiento.

La desestructuración de la familia y el cambio en los roles de género afecta directamente a las juventudes agrupadas en pandillas y maras, que observan un paulatino deterioro en los roles tradicionales, sin una alternativa clara de sustitución

de los mismos. Se debe recordar que, según exploramos inicialmente, este tipo de organizaciones depende íntimamente del funcionamiento androcéntrico de la sociedad para estructurarse a nivel material y simbólico. Necesitan tanto, del rol de hijos por medio del cual disponen de una cierta cantidad de tiempo libre otorgado por sus propios padres dispuestos a mantenerlos; cuanto de este imaginario androcéntrico que asigna a las representaciones masculinas la potestad de estructurar simbólicamente (o territorializar) el contexto donde habita.

Ante la problemática de la reconfiguración de los roles patriarcales, las maras y pandillas presentan la solución de crear organizaciones que respondan a la crisis del patriarcado, con una reafirmación del machismo y de las relaciones jerárquicas tradicionales. Esta tendencia ha sido documentada en las investigaciones que se han realizado en Centroamérica como los estudios de Cruz y Giralt (2001) o Smutt y Miranda (1998) en El Salvador o las conclusiones de Rocha (2001) para estudio regional de este caso. Ante la incertidumbre, la reafirmación de la norma. La pérdida de referentes es excusa para la reafirmación de la tradición.

3.2.2 *Violencia simbólica*

Más allá de las pandillas, las identidades juveniles en general, en tanto sujeto subordinado, tienden a definir dos tipos de otredades. Por un lado la que las diferencia de la estructura social, que las ubica en la contraposición del mundo organizado alrededor de la imagen de "lo adulto" como anhelo y perfección. Por otro, una otredad que se expresa en la confrontación simbólica que se desarrolla entre grupos con características muy similares. En los trabajos de Rodríguez (2005) y Zúñiga (2006), se puede encontrar esta estrategia cultural que refiere a diferenciarse de un "otro inmediato", que se declara como un enemigo mortal aunque, a pesar de su antagonismo, sostiene el entramado simbólico del grupo. Las barras futbolísticas son un buen ejemplo de esto, o bien las maras. Aunque estos colectivos tengan radicales diferencias, manifiestan un patrón común, cual es, definirse de forma *antagónica*

respecto de su adversario inmediato el cual está constituido de forma muy parecida, bajo códigos y normativas similares. A pesar de ello es visto como enemigo mortal.

En el caso específico de las pandillas centroamericanas, los estudios de Cruz y Giralt (2001) y Savenije (1998), evidencian esta tendencia. Las pandillas se ubican dentro del mundo simbólico reaccionando al aparato oficial de manera violenta y definiéndose como violentas respecto de otros grupos de pares. Al parecer, la masculinidad patriarcal desde la que son constituidos estos grupos, los invita a generar una serie de categorías de exclusión, basadas en una visión binaria y maniquea.

El carácter de este juego de exclusiones, da cuenta de que, si bien el fracaso institucional es una constatación a nivel práctico, a nivel simbólico los marcos de referencia que se utilizan para entender el mundo son, en buena medida, los que proporcionan las pautas de la violencia estructural. En otras palabras, si bien las investigaciones han podido constatar un rechazo explícito de la estructura institucional de los Estados, las categorías que el orden social patriarcal implantadas en el marco de relaciones sociales son utilizadas para el raciocinamiento con otros grupos.

Esta violencia presente en los esquemas cognitivos la vamos a entender como violencia simbólica, la cual está inscrita en "... esquemas construidos por unas condiciones semejantes, y por tanto, objetivamente acordados, [que] funcionan como matrices de las percepciones... trascendentales históricas que [...son...] universalmente compartidas"(Bourdieu, 2005: 49).

Así las cosas, las pandillas se definen por una constante legitimación de la violencia simbólica patriarcal, la cual absorben pasivamente de la violencia estructural y tratan de imponer como referente de las relaciones sociales a sus antagonistas inmediatos. Se pueden entender esta tendencia, en el tanto buena parte de las investigaciones al respecto (Salazar, 2002; Reguillo, 2005; Cruz y Giralt, 2001; Rocha, 2001) revela la reproducción pasiva de los roles patriarcales y la tendencia constante hacia la naturalización de la subordinación en los sistemas de clasificación (Bourgeois y Sheper-Hughes, 2004: 23).

La violencia simbólica está instituida en la medida que el referente simbólico de estos grupos reconoce un juego entre el dominador y el dominado. Este pretende que los esquemas que el dominado utiliza para imaginarse a si mismo y a la relación, estén teñidos de asimetrías binarias en las cuales los parámetros del dominador serán los "naturalmente superiores".

En el caso específico de las agrupaciones masculinas, esta superioridad está en función de imponer un sentido de la virilidad que haga destacar a un grupo de hombres, por sobre otros. De manera que los "más viriles" serán vistos como los "más hombres". El mecanismo para que este reconocimiento se lleve a cabo, debe pasar necesariamente por el ejercicio de la violencia tanto en la constitución de las pandillas (en tanto colectividades masculinas), como por la aceptación del marco de referencia de la masculinidad hegemónica como "lo natural" (Bourdieu, 2005: 68 y ss).

En este sentido las pandillas son herederas de la milenaria organización patriarcal y deudoras de sus parámetros de conocimiento del mundo. Con lo cual preconizan un tipo de superioridad coincidente con el imaginario del "hombre", "alto", "adulto", lo cual traducirán en prácticas y rituales a lo interno de sus organizaciones.

Los publicitados "rituales de iniciación" en el mundo pandilleril a la pandilla son la evidencia clara de este sistema de conocimiento del mundo en el cual, se gana la pertenencia quien demuestre su hombría, soportando la virilidad del colectivo. El aceptar la paliza inicial equivale a aceptar naturalmente la dominación patriarcal y reconocer su esquema de identificación binaria.

4 CONCLUSIONES

Las pandillas juveniles son una constante histórica, característica de la institucionalidad patriarcal existente en nuestras sociedades occidentales. Sus formas de organización y agrupación a lo interno de la estructura social se han expresado de formas diferentes, en momentos históricos específicos.

La expresión contemporánea de las pandillas en Centroamérica, da cuenta de un proceso de declive institucional en el cual, las políticas de liberalización comercial y marginalización progresiva de los sectores populares, se ha mezclado con un aumento de la delictividad y la violencia. De una u otra forma, las unidades de sentido que construyeron la institucionalidad social centroamericana, han dejado de ser efectivas para miles de jóvenes que encuentran una alternativa en las pandillas como instituciones patriarcales que diseñan un tipo de homosocialidad que sustituye a la antigua.

Esta sustitución de institucionalidades, trae como resultado el ensanchamiento de las filas de las pandillas, paralelo al desvanecimiento de la figura del Estado como marco normativo de la regulación de la conducta social, lo cual es especialmente claro en el caso de la delictividad que reportan estos grupos. Sin embargo, el orden simbólico patriarcal, que ha sido característico de estas grupalidades reproduce la normativa jerárquica que impone el orden estructural.

Ahora bien, la condición de marginalidad desde donde nacen este tipo de agrupaciones en la Centroamérica contemporánea, hace que sus actos de agresión sean retomados por los medios de comunicación como actos "antisociales". Con lo cual se construye un monstruo deshumanizado de estos grupos, que aumenta el ansia por la penalización, como solución desesperada a un problema creciente.

Esta comprensión a partir de la monstruosidad ha dominado la escena pública y multiplica la pandemia de miedo al "otro" que se extiende por Centroamérica. Será únicamente acercándose ese "otro", más allá del calificativo de "antisocial" que le asigna la monstruosidad, que podremos descubrir al ser humano contradictorio que lo habita. Solo así se podría avanzar hacia la reconstrucción de una institucionalidad social que afirme los sujetos humanos de manera que los constituya sin negarlos.

BIBLIOGRAFÍA

Andrade, Xavier. Jóvenes en Guayaquil: de las ciudades fortaleza a la limpieza del espacio público.

En: Revista Nueva Sociedad. (200) pp. 85-95 (nov-dic, 2005).

Bourdieu, Pierre. (2001). Las estructuras sociales de la economía. Buenos Aires, Argentina: Manantial.

Bourdieu, Pierre. (2005). La dominación masculina. Barcelona, España: Anagrama.

Bauman, Zygmunt . (2002). Modernidad Líquida. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.

Bauman, Zygmunt. (2005) Trabajo, Consumismo y nuevos pobres. Barcelona, España: Gedisa.

Bourgois, Phillip . (2005) Más allá de la pornografía de la violencia. Lecciones desde El Salvador. En: F. Ferrándiz y C. Feixa (eds). Jóvenes sin tregua. Culturas y políticas de la violencia (pp. 11-34). Barcelona, España: Anthrophos.

Bourgois, Phillip y Sheper-Hughes, Nancy. (2004) Introduction: Making sense of Violence. En: P. Bourgois y N. Sheper-Hughes (eds), Violence in War and Peace: an Anthology (pp. 1-31). Oxford: Blacwell Publishing.

Berger, Peter y Luckmann, Thomas. (1972). La construcción social de la realidad. Buenos Aires, Argentina: Amorrurtu Editores.

Cruz, Jose Miguel. y Giralt, María Santacruz (2001). Las Maras en El Salvador. En: ERIC, IDESO-UCA , IDIES- URL, IUDOP- UCA (Vol I), Maras y Pandillas en Centroamérica (1ª ed., pp 15-108) Managua: UCA Publicaciones.

Dierckxsens, Wim. (2000). Del Neoliberalismo al Poscapitalismo. San José, Costa Rica: Editorial DEI.

Duschatzky, Silvia y Corea, Cristina. (2005). Chicos en banda. Los caminos de la subjetividad en el declive de las instituciones. Buenos Aires, Argentina: Paidós.

Duschatzky, Silvia. (2006). Hilos artesanales de la composición social. Notas sobre la relación entre escuela y subjetividades juveniles. Heredia, Costa Rica: EUNA.

- Falla, Ricardo. (2001). Prologo. En: ERIC, IDESO-UCA, IDIES- URL, IUDOP- UCA (Vol I), Maras y Pandillas en Centroamérica (1ª ed., pp. 1-5) Managua: UCA Publicaciones.
- Fallas, Carlos Luis. (1995). Marcos Ramírez. San José, Costa Rica: Editorial Costa Rica.
- Fernández, Concepción. (1998a) Contextos de violencia en jóvenes urbanos de la España actual. En: C. Fernández (Ed), Jóvenes Violentos. Causas psicociológicas de la violencia en grupo (pp. 17-34) . Barcelona, España: Icaria.
- Fernández, Concepción. (1998b). Violencia y agresión, una perspectiva psicociológica. En: C. Fernández (Ed), Jóvenes Violentos. Causas psicociológicas de la violencia en grupo (pp.35-58). Barcelona, España: Icaria.
- Goldwing, William. (1983). El Señor de las moscas. Madrid, España: Alianza Editorial.
- Hall, Stuart y Jefferson, Tony. (2000). Resistance through rituals. Youth subcultures in post-war Britain. Nueva Cork, US: Routledge.
- Hinkelammert, Franz J. (1990). Democracia y totalitarismo. San José, Costa Rica: Editorial DEI.
- Hinkelammert, Franz J. (2003) El asalto al poder mundial y la violencia sagrada del imperio. San José, Costa Rica: Editorial DEI.
- Hinkelammert, Franz J. (1998) Sacrificios Humanos y Sociedad Occidental: Lucifer y la Bestia. San José, Costa Rica: Editorial DEI.
- Jiménez, Jorge. (1996) Vicisitudes de la estética. De la estética dada al punk. Revista Comunicación. 9 (1), 21-37.
- Leu, Lorraine. The Press and the Spectacle of Violence in Contemporary Rio de Janeiro. En: Journal of Latin American Cultural Studies, 13 (3), pp 343-355. (2004)
- Margulis, Mario. (2003). La masculinidad en la encrucijada. En: M. Margulis y otros, Juventud, cultura, sexualidad. La dimensión cultural en la afectividad y la sexualidad en los jóvenes de Buenos Aires (pp. 145- 154). Argentina: Biblos.
- Martín-Baró, Ignacio. (1990). Acción e Ideología. Psicología Social desde Centroamérica. San Salvador, El Salvador: UCA Editores.
- Portes, Alejandro y Hoffman, Kelly. Latin American Class Structures: Their Composition and Change during the Neoliberal Era. En: Latin American Research Review, 38(1), 42-82 (2003).
- Reguillo, Rossana. La mara: contingencia y filiación con el exceso. Revista Nueva Sociedad, (200) pp. 70-85 (nov-dic, 2005).
- Reguillo, Rossana. Violencias expandidas. Jóvenes y discurso social. Revista de Estudios sobre Juventud, 3 (8), pp. 10-23 (ene- jun 1999).
- Ramos, Carlos Guillermo. (1998). Transición, jóvenes y violencia. En: Ramos, Carlos Guillermo (ed-coomp). América Central en los noventa: Problemas de juventud (pp. 189- 230). San Salvador: FLACSO- Programa El Salvador.
- Rocha, Jose Luis. (2001). Balance de los estudios. En: ERIC, IDESO- UCA , IDIES-URL, IUDOP- UCA (Vol I), Maras y Pandillas en Centroamérica (1ª ed., pp 431-443) Managua: UCA Publicaciones.
- Rodgers, Dennis. (2003) Youth Gangs in Colombia and Nicaragua- New forms of violence, new theoretical directions? En: Rudqvist, Anders (ed). Breeding Inequality- Reaping Violence. Exploring Linkages and Causality in Colombia and Beyond (pp. 111-133). Suecia: Collegium for Development Studies.
- Rodríguez Sáenz, Eugenia (2004) Los discursos sobre la familia y las relaciones de género en Costa Rica (1890-1930). Serie Cuadernos de Historia de las Instituciones de Costa Rica. No 2. San José: Editorial Universidad de Costa Rica.
- Rodríguez, Onésimo . (2006). Entre cánticos y gradearías: la construcción de un colectivo juvenil del ámbito futbolístico en Costa Rica. El caso de la ultra Morada. Tesis para optar por el grado de Maestría en Antropología Social. Universidad de Costa Rica.
- Salazar, Alonso. (2002). No nacimos pa' semilla. La Cultura de las bandas juveniles de Medellín. Bogotá, Colombia: Editorial Planeta.

- Salazar, Alonso. (1998). Violencias juveniles: ¿contraculturas o hegemonía de la cultura emergente? En: M. Margulis y C. M. Laverde(eds). "Viviendo a toda": Jóvenes territorios culturales y nuevas sensibilidades (pp.110-128). Santa fe de Bogotá, Colombia: Siglo del Hombre Editores.
- Sandoval García, Carlos. (2006). Fuera de juego. Fútbol, identidades nacionales y masculinidades en Costa Rica. San José: Editorial Universidad de Costa Rica.
- Savenije, Wim. y Lodewijkx, Hein . (1998). Aspectos expresivos e instrumentales de la violencia entre pandillas salvadoreñas: una investigación de campo. En: Ramos, Carlos Guillermo (ed-coomp). América Central en los noventa: Problemas de juventud (pp.113-150). San Salvador: FLACSO- Programa El Salvador.
- Smutt, Marcela. y Miranda, Lissete. (1998) El Salvador: socialización y violencia juvenil. En: Ramos, Carlos Guillermo (ed-coomp). América Central en los noventa: Problemas de juventud (pp.151-188). San Salvador: FLACSO- Programa El Salvador.
- Urresti, Macelo. (2000). Paradigmas de participación juvenil: un balance histórico. En: Balardini, Sergio (Comp). La participación social y política de los jóvenes en el horizonte del nuevo siglo (pp.177-206). Buenos Aires, Argentina: CLACSO.
- Whyte, William. (1971). La sociedad de las esquinas. México: Centro Regional de Ayuda Técnica, Agencia para el Desarrollo Internacional (Programa de Alianza para el Progreso) y Editorial Diana.
- Zúñiga Nuñez, Mario. (2006). Cartografía de otros mundos posibles. El rock y reggae costarricense según sus metáforas. Heredia, Costa Rica: Editorial Universidad Nacional.